

derecho a ser no ya profesor, sino astronauta, o mangante, siempre que su poesía esté hecha con autenticidad. No creo exista una poesía «de profesor» y de existir bodrio semejante creo que se asemejará a algún programa electoral de los muchos paridos últimamente. Claro que hay quien puede hablar con más bestias que Lorenz convirtiéndose, así, en mucho más perrito de Pavlov, condicionándose a antojo.

Siento muchísimo que, para el comentario de este libro ¹, no pueda contar con la ayuda de mi amigo «el proscrito» y, como hace tiempo, tenga que vérmelas con una lectura en solitario, aunque también es cierto que en algunos casos me ha molestado su costumbre herética de colocar jazz para comentar poesía (además de otras aberraciones de mi, por otra parte, respetado, comentarista heterodoxo). La verdad es que ha tomado vacaciones porque dice que está harto de errores de imprentero, aunque en realidad está leyendo a Quevedo y otras obsesiones.

Para contrastar pareceres, me recomendó ciertos prólogos de algunas antologías que no recuerdo, algún comentario del año 57 (cuando Sahagún obtuvo el «Adonais»), otros del 60 (poco después del «Boscán») y gacetillas critiqueras referentes a este volumen que en su día consiguiera el «Provincia de León» (1978), para ser suertero en el doblete con el «Nacional de Literatura» (1980).

En realidad, no he rebuscado cronicones de antaño, sino lecturas de *Profecías del agua*, *Como si hubiera muerto un niño* y *Estar contigo*, hasta recalar en este *Primer y último oficio*, de Carlos Sahagún: la poesía plagada de autenticidad en todo momento.

Si antes me refería a una temática basada en lugares situados al límite de la memoria, como suelen ser la infancia y la adolescencia, este libro, como los anteriores, no deja aparte dichos temas, aunque

*todo está decididamente en orden
menos mi propia vida*

versos de un pórtico que va a situarnos, también, en un retorno cernudiano hacia una soledad sin demarcación en mascarillas con olor a moralina insípida. Existe en Sahagún esa desesperanza sin el rencor obsoleto de quienes buscan todavía un Leopardi que viajara «A la recherche du temps perdu», cuando en una calma después de tempestades lo mejor es no desvariar pensando en la unicidad del fenómeno, a pesar de que el pájaro gorjee y la gallina regrese al camino.

Existe un *oficio* en la obra de este poeta siempre denso desde su primer a su último libro, que cada día se fue depurando, pese a sus pocas entregas, sin duda, debidas más a exigencias de autocritica que a vaguerías, a decir cuando se tiene que decir y no rellenar papeles a diario. (El hecho no es único, por otra parte, entre los cinco seleccionados por Ribes, que incluso así parecen hacer un «frente común» y alejarse de las *simpáticas* y alegres gallofas producidas en numerosas danzas anteriores o posteriores.)

Existe también, dentro de esa coherencia libre que todo poeta mantiene a lo largo

¹ CARLOS SAHAGÚN: *Primer y último oficio*. El Bardo. Barcelona (segunda edición).

de su obra, pese a cambios más biológicos y autobiográficos que ideológicos o estéticos, un deambular por el filo de la razón inexplicada. Decía Vítier que «nada es menos razonable que la razón al estado puro» y, así, antes de sumergirnos en ciertas lecturas sin crispación, lo más consecuente es olvidarnos del politiquero de saloncito de té que pleno de santa ira se limita a inventariarnos las necesidades auténticas del momento, sobre todo de la poesía (u otro arte cualquiera), olvidando que al mismo Dylan Thomas le iban con idénticas chafarderías, mientras se preocupaba de conseguir alguna libra esterlina. No voy a decir que sea imprescindible que el poeta distinga un «Cebreros» de un «Priorato», pero si así sucediera, tantísimo mejor, sobre todo si el patetismo dirigido por dogmáticos y demagogos comatosos trata de explicarnos lo intangible, en este caso el verbo con suficiente carga poética como comunicativa.

Poesía y comunicación han sido, desde sus comienzos, la urdimbre sostenida entre los versos de Carlos Sahagún. Conseguido tal armazón, que no se hubiera sostenido con inútiles florituras, los temas existenciales (y tal vez convendría recordar a Blas de Otero: «Digo que soy coexistencialista») abundan más en este *Primer y último oficio* que en los anteriores libros de Sahagún. Es posible que la «desolación» cernudiana de algunos poemas sea malentendida o malinterpretada por los amigos de la repetición como sinónimo de «estilo».

Pero ante la realidad poética de este libro la recapitación más consecuente y, a mi modo de ver el asunto, más *realista*, es que una vez conseguida la superación de un idealismo ramplón los poetas de mayor maestría, de verbo más arraigado en la autenticidad alejada de universos panfletarios, han mantenido inalterable su postura ante la elaboración del verso, haciendo permanecer, como en el caso de Carlos Sahagún, su *Primer y último oficio*, pese a verse en numerosas etapas olvidados por las corrientes que, año tras año, nos fabrican artificiosamente algunos de los numerosos alquimistas de la cultura que nos invaden.—JUAN QUINTANA (*Matadero*, 4. MIGUELANEZ. Segovia).

Notas breves

Un largo y denso historial avala *Rendición de cuentas* *. Su autor, Vicente Zito Lema, crítico de arte, analista de fenómenos y acontecimientos sociales, poeta, realiza en esta obra un intenso recorrido cuya carga emocional y moral sólo podía expresarse a través de la poesía. Pero en el caso de Zito Lema, por ello hemos subrayado la variedad complementaria de sus actividades, también importa sobremanera estudiar la integridad. Integridad como actitud ante los acontecimientos e integridad como procedimiento poético.

* VICENTE ZITO LEMA: *Rendición de cuentas*. Edit. Akhnaton. Amsterdam, 1982. Prólogo de Julio Cortázar.

En *Rendición de cuentas* la subjetividad es un pretexto por el que se articulan las partes de la obra; una primera, que nos introduce en un ambiente de injusticia, desigualdad, rencor y resistencia; una segunda, de testimonio emotivo de los sentimientos interiores que se graban en los actos humanos, en su determinismo, en su proyección pedagógica, y la última, de elaboración de una lírica personal que asume la grandeza de la humanidad y la confronta en una relación sutil con la poesía.

La introducción de Cortázar expone la dificultad de sustituir los puntos de referencia que Zito Lema establece en *Rendición de cuentas* con la naturalidad con que se hurga en los recuerdos más vivos y reveladores: «¿Por qué y cómo prologar algo que también contiene nuestra propia voz, hablar de poemas que nos están hablando?»

El ser humano no puede rehuir, ni siquiera en la soledad, el hecho consumado que le identifica con otros. Es así como Zito Lema nos presenta, en ocasiones recordando los métodos críticos de la novela realista, el dolor colectivo de los secuestros impulsados por la dictadura argentina, los asesinatos sórdidos de la represión y la ruina que impregna progresivamente la vida nacional hasta en sus aspectos insignificantes, acaso despreciables en otra situación. Zito Lema no acude por capricho a este punto de partida que nos desplaza de inmediato a la épica subterránea del exilio en compañía de Vincent Van Gogh y de los innumerables nombres que encubren los interrogantes de *Triunfos y derrotas*:

*¿Quién puede la calma con tanto pasado?
¿Quién con esas huellas sobre tierras vivas
que no son ligeras —las de ciervo temblando—
ni tenues —las del rocío en la llegada de abril?
¿Palabras justas y medidas para lidiar con lo perdido...?*

La lírica resbala en los versos de Zito Lema transmitiéndonos el rostro de la fatalidad, de lo sórdido, y, por ello, de lo esperanzador. Porque Zito Lema, como Odysseas Elytis, afirma, incrédulo ante el horror, una actitud que pregunta a la muerte en *Rendición de cuentas*, añorando la inocencia extraviada por la persecución. Elytis escribió en *El monograma*: «Visto de luto al sol y a los años que vienen/Sin nosotros y canto lo que ocurrió/Si es verdad.» Esa es la naturaleza de las *preguntas abiertas* en las que Zito Lema apoya la esperanza de la paz.—F. J. S.

Como relata López de Abiada en su ensayo *, Gottfried Benn gozó de una notoriedad extraordinaria en la segunda posguerra mundial. Este interés hizo justicia a una figura discutida políticamente. La circunstancia de que fuera la poesía el instrumento que rescatara su obra completa de las refriegas de los políticos, aportan a la biografía de Benn un atractivo especial. Ingenuo simpatizante de las tesis hitlerianas en los primeros años del nacionalsocialismo, pronto fue víctima de discusiones ideológicas que le marginaron de la vida intelectual. Aislado de los conflictos de los autores exiliados y de la emigración del compromiso, sufrió crueles desengaños e incomprendimientos con la derrota del III Reich.

* JOSÉ MANUEL LÓPEZ DE ABIADA: *Gottfried Benn*. Edic. Júcar. Gijón, 1983.